

UN
MUCHACHO
EXTREMEÑO

POR A. E.
HOUSMAN

DISEÑADO
M.M. XX. VI.
POR M. STEEL

Una casa sin libros es como una ciudad
sin flores; no hay jardines silenciosos para
la reflexión, ni raíces que aprendan a
crecer fuertes bajo el sol o la lluvia.

DESDE el campo arde el fuego
sobre la sierra callada;
de un cerro corre hasta otro
la señal iluminada.

Mirad: las sierras dan fulgor,
los valles resplandecen;
porque esta noche al nuevo rey
los pueblos engrandecen.

Y mientras sube por los montes
la llama del hogar,
mozos, pensemos en aquellos
que no pudieron tornar.

A cielos que les dieron brío,
y al campo de su ayer,
no vuelven ya del polvo extraño:
allí quedaron de una vez.

Amanece por tierra mora;
sus nombres puede leer
la piedra que el desierto llora
lejos de Zújar y Jerez.

POEMA I

Y en paz, de villa y cortijada,
brindamos por la Corona;
que ellos sirvieron con la espada
sin mancillar su honra.

«¡Viva el Rey!» nos cantamos,
de campo, pueblo y villa;
y cantan con nosotros vivos
los muertos de Melilla.

Sed fieles como fueron ellos,
guardad su antigua ley;
dad hijos como vuestros padres,
y Dios guardará al Rey.

EL almendro, el más hermoso,
florece sobre el ribazo,
y junto al sendero oscuro
reluce blanco a mi paso.

Como un árbol de primavera
que en nieve su rama viste,
se alza en la ribera entera
como si el invierno persistiese.

Si Dios me diera setenta años,
veinte no han de volver;
de los setenta que me son dados,
cincuenta puedo aún ver.

Y pues la flor del almendro
tan pocos años verá,
iré por la dehesa en marzo
otra vez a verla nieve.

POEMA
II

POEMA
III

EL RECLUTA

DEJA tu casa, muchacho,
y dame la mano al partir;
ve, y que la suerte te siga
mientras Badajoz siga en pie.

Y vuelve un domingo a casa
cuando Badajoz calle ya,
y las campanas de la iglesia
llaman la Puerta de Palmas.

O vuelve un lunes temprano
cuando el mercado da voz,
y las campanas canten
«ya vuelve el conquistador.»

Vuelve a casa siendo héroe,
o si tu nunca vuelvas;
que bien te puedan recordar
los amigos que tu dejas.

Y oirás la corneta lejos
por tierras del amanecer,
y harás que nuestros enemigos
lamenten verte nacer.

Y hasta el juicio postrero,
cuando el mundo acabe ya,
yacerás lejos de casa
sin regresar nunca más.

Deja tu casa, muchacho,
tus amigos de campo y ciudad;
que campo y ciudad te recuerden
mientras Badajoz en pie está.

POEMA
III

POEMA
IV

REVEILLE

DESPIERTA: el claro de la aurora
rompe la noche en la llanura;
y el sol como nave encendida
se clava en la noche oscura.

Despierta: la sombra se quiebra
bajo el campo y la ciudad;
y la tienda de la noche rota
deja el cielo en claridad.

Arriba, muchacho, es tarde para el sueño;
oye los tambores del día sonar;
escucha los caminos vacíos llamando:
«¿quién quiere los montes cruzar?»

Pueblos con pueblos se llaman,
tierras se buscan sin parar;
pero ningún hombre que anda
lo puede todo abarcar.

Arriba, muchacho: los músculos
que yacen no suelen crecer;
la cama al sol los entorpece,
no es vida para el hombre el ser.

Arcilla duerme; la sangre anda;
el aliento no sabe durar;
cuando el viaje llegue al remate
habrá tiempo de descansar.

POEMA
IV

POEMA
V

MIRA cómo espesas las flores doradas
se tienden por campo y sendero,
dientes de león marcando las horas
que ya no volverán luego.
¿quieres venir por las dehesas
a coger ramos en flor?
No hay daño en que tomes mi brazo.
«Pues puede ser, puede, señor.»

La primavera es para mozos y mozas,
la sangre se vuelve color;
y es bueno reír mientras dura la vida
antes de que muera el sol.
Lo que hoy florece, mañana florece,
pero nunca igual que antes.
Si te paso el brazo.
«Es verdad, joven, pues puedes.»

Hay mozos, y es pena decirlo,
que solo vienen a engañar;
y cuando se llevan la flor entre manos
nada bueno dejan al pasar.
Reserva tu corazón para hombres como yo,
que dicen quererte de verdad;
mi amor es firme y entero contigo.
«Tal vez, joven, tal vez será.»

Mira mis ojos, ¿puedes dudarlo?
Estamos lejos de nuestros hogar.
Qué verde está toda la hierba
podríamos sentarnos ya.
¿Qué es la vida sino una flor?
¿por qué ha de llorar el amor?
Sé buena, ten piedad de mí, vida mía-
«Adiós, adiós, señor.»

POEMA
V

POEMA
VI

CUANDO el mozo suspira de anhelo,
pálido, mudo y sin color,
si a las puertas mismas de la muerte llega,
muchacha, puedes sanar su dolor.

Las penas de amor se venden todas:
el rostro cetrino, la voz sin luz,
la cabeza caída, el ojo vacío,
quédatelas tú.

Cómpralas, cómpralas: noche y día
penas de amor se venden ya;
tú quedarás en oscura tristeza,
pero el amante sanará.

CUANDO el humo alzó en Badajoz
y el Guadiana amanecía,
salía al campo a trabajar
bajo la luz del día,
y mi yunta me seguía.

El mirlo en la encina negra
me miraba al caminar,
y seguía mi canto lento
al compás del viejo arar,
y silbaba al contestar:

«Tiéndete, joven labriego;
¿para qué tanto afanar?
mil mañanas te levantarás
y al fin te has de acostar,
y entonces descansarás.»

Escuché la voz del mirlo
y vi su pico brillar;
tomé una piedra del suelo
y la lancé al azar:
y el ave dejó de cantar.

POEMA
VII

Entonces en mi alma
volvió su canto a sonar,
junto a mulas y arados
por el sendero del llanar
seguí su fiel cantar:

«Tiéndete, joven labriego;
el sol siempre vuelve a bajar;
el camino que lleva al trabajo
conduce también a descansar,
y allí se ha de acabar.»

«**A**DIÓS al granero, al olivar y finca
adiós también a Las Brozas.
Terencio, mírame por última vez,
porque ya no vuelvo mas.

POEMA
VIII

«Arde el sol sobre la dehesa,
y la sangre se secó;
Mauricio yace entre la hierba;
mi navaja en él quedó.»

Mi madre pensará que tarde llegamos,
ya es tiempo de segar;
esta mañana tenía dos hijos,
pero hoy sola cenará.

Y aquí mi mano ensangrentada
para estrechar, amigo mio;
ya no segaremos juntos el trigo,
mis manos sangrientas y yo.

Te deseo fuerza que te honre,
con amor que te hace limpito;
y suerte cuando vuelva la cosecha,
en la feria del pueblo.

POEMA
VIII

«Mucho esperará el redil,
mucho la era aguardará;
mucho quedará el plato vacío,
y fría la cena estará.»

EN la dehesa, al claro de luna,
pace a mi lado el ganado;
donde una vez estuvo la horca
sopla el viento callado.

POEMA
IX

Un pastor cuidaba las ovejas
bajo la luna al pasar,
y entre el rebaño que blanqueaba
colgaba un muerto al mirar.

Hoy los cuelgan en Torremejía;
silban voces de dolor,
y los trenes nocturnos lloran
por la vía en su rumor.

Esta noche duerme en la cárcel,
o vela sin descansar,
un mozo mejor, si el mundo fuera justo,
que muchos de afuera ya.

Y ante el lazo del verdugo, expuesto,
las campanas sonarán su señal;
un cuello hecho por Dios para otros fines
que el de la cuerda fatal.

POEMA
IX

Se rompe de pronto el hilo de la vida,
y en el aire queda ya;
tan firme como un hombre en la tierra,
que pisa sobre el suelo allá.

Yo velaré toda la noche
esperando el alba entrar,
cuando él oiga las ocho campanas
y no las nueve sonar.

Y desearé a mi amigo el sueño
de quienes ya no están;
los que guardaban ovejas bajo luna
hace mucho tiempo atrás.

*Al ser colgado en la horca se le llamaba 'guardar ovejas a la luz de la luna'.

MARZO

POEMA
X

EL sol sube a más alto cielo,
desunciendo la pareja de plata;
que antes había su carro en vuelo,
junto al Carnero de oro que pasa.

Valiente canta el zorzal charlo
para mover la rueda del mundo;
y bestias de la finca y del campo
saltan porque marzo ha vuelto.

Muchachos van al bosque con el día
a buscar los narcisos;
y luego vuelven desde los montes
con este oro de paraíso.

Muchachas en campo buscando palmas,
y las palmas están allí;
y cada una halla junto a setos
su vara de plata sutil.

En cada lugar por todos los pueblos
el ojo ve su propio desear;
ay, que el mío no quede solo,
pues los amantes deben amar.

POEMA
XI

EN tu lecho de medianoche tendido,
escucha y abre la puerta;
los mozos que en suspiros gastan la vida
en la noche no suspiran ya;
la noche alivia la pena del amante,
y pues me voy mañana,
ten piedad de mí antes.

En la tierra a la que viajo,
en la morada lejana diré:
si aquí el lecho es de grava,
en otro tiempo más suave dormí,
y el pecho que hoy la cizaña cubre
reposó una vez en otro pecho,
cuando aún no era arcilla.

CUANDO miro a los vivos,
con su pompa desfilando,
respirando por la calle
donde estoy por momento,

Si el odio arden fuertes
dentro la casa de su cuerpo,
pienso la casa despues, del polvo
donde largo será el descanso.

En las tierras que no existen
nada queda de lo que fue;
allí las venganzas se olvidan,
y quien odiaba no odia después;

Los amantes duermen juntos.
Ella no pregunta con quién reposa,
y el novio en toda la noche
él nunca miró a su esposa.

POEMA
XII

POEMA
XIII

CUANDO tenía veintiún años
escuché a un sabio hablar:
«Da coronas, libras y monedas,
pero no tu amor entregar;
da perlas y da rubíes,
mas deja libre el soñar.»
Pero yo tenía veintiún años,
y no servía de nada hablar.

Cuando tenía veintiún años
lo escuché hablar otra vez:
«El corazón fuera del pecho
nunca se da en paz;
se paga con muchos suspiros
y se vende por largo pesar.»
Y tengo veintidós años,
y sí, es verdad, es verdad al amar.

ALLÍ pasan los hombres descuidados
que llaman suya el alma;
yo aquí junto al camino me detengo,
tan solo y sin calma.

POEMA
XIV

Ay, más allá del hundir de la plomada,
en mares que no puedo medir,
mi corazón y mi alma y mis sentidos
sin fin del mundo, han de hundir.

No hay locura que iguale su locura
bajo el azul del día,
la de quien entrega a otro ser humano
su alma y su alegría.

No hay bálsamo que cure su condena,
de oriente hasta occidente,
para quien pierde para siempre
el corazón de su pecho ardiente.

Aquí, por el camino fatigado,
con las manos vacías voy:
mar hondo, hasta el alba del juicio,
perdido el corazón estoy.

POEMA
XV

NO mires en mis ojos, por temor
a que reflejen lo que en mí se ve;
y halles en ellos tu rostro tan claro
que ames lo que miras y te pierdas después.
Toda la larga noche deberás
vencidos por estrellas; yacer en suspiros
pero ¿por qué tú, como yo, habrías,
de perecer? no mires en mis ojos.

Un joven griego, según se cuenta,
a quien muchos amaron sin razón,
miró en el agua de un bosque
y nunca apartó de ella su visión.
Allí, cuando en primavera el césped brota,
triste, con los ojos bajos,
entre lluvias que brillan y caen,
florece un junquillo, no un joven griego.

LA amapola se inclina y se levanta
Porque el viento esta fuerte;
sobre la tumba de los amantes
que por amor se dieron muerte.

POEMA
XVI

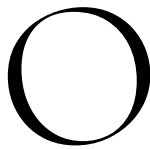
La amapola se inclina, el viento la cruza,
el hombre no se mueve;
el amante de la tumba, el amante
que por amor se dieron muerte.

POEMA
XVII

DOS veces por semana, en el invierno,
aquí venía a jugar:
el fútbol era entonces lucha
contra la pena del pesar.

Ahora en mayo, bajo el sol,
salgo al campo con palo:
el hijo de tristeza en la billarda
fingiendo estar ya claro.

Lo intento; no hay mal en intentarlo:
es asombro ver cuán poca alegría
sostiene los huesos de este hombre
lejos del lecho de la tierra.



H, cuando estaba enamorado de ti,
entonces era limpio y valiente,
y a mi alrededor crecía la sorpresa
de lo bien que me portaba la gente.

POEMA
XVIII

Y ahora que el amor ya pasa,
y nada queda tras de sí,
a mi alrededor dirán los otros
que vuelvo a ser quien fui.

POEMA
XIX

A UN ATLETA MUERTO JOVEN

CUANDO ganaste en tu ciudad la carrera,
te llevamos en hombros por la plaza;
hombres y muchachos te celebran,
y a casa te trajimos en sus brazos.

Hoy, por el camino que todos toman,
te llevamos en hombros hacia tu casa;
y te dejamos ante el zaguán,
vecino de una ciudad más callada.

Muchacho listo, en huir a tiempo
de los campos donde la gloria no persiste;
y aunque temprano crece el laurel,
más rápido que la rosa se marchita.

Ojos que la noche ha cerrado en sombra
no pueden ver el registro superado,
y el silencio no es peor que los vítores
cuando la tierra los oídos ha dejado cerrados

Ya no aumentarás la muchedumbre
de los que gastaron su honor;
corredores a quienes alcanzó la fama
antes de alcanzarles el dolor.

Así, antes de que su eco se apague,
pon el pie ligero en el umbral último,
y alza hacia el dintel bajo
la copa aún intacta del triunfo.

POEMA
XIX

Su cabeza coronada de laurel temprano
acudirán los muertos sin fuerza a contemplarla;
y hallarán, sin marchitarse en el rizo humano,
la corona más breve que la de una doncella.

POEMA
XX

O H, bellos son el cielo y la tierra,
pero yo sé más bellas cosas:
aquellos que, otra vez, como la hermosura,
aparecen en las aguas hermosas.

Los ríos y las lagunas lavan tan claro
árboles, nubes y la sierra,
que en la tierra nunca se ha visto nada igual,
y ¡ay, ojalá yo allí estuviera!

Estos son los pensamientos que tengo yo
cuando yo miro el horizonte
apoyado en el borde cubierto de berros,
dispuesto a desnudarme y saltar y ahogarme;

pero en los arroyos de arena dorada
y en las lagunas de azul veo
un muchacho tonto que mira y desea
y sueña con ser como yo.

TRAVEJO

POEMA
XXI

EN el verano, en Trevejo,
las campanas suenan claras;
por ambos campos repican
en torres cercanas y lejanas
cantando en plata las albas.

Aquí, en la misa del domingo
mi amor y yo solíamos estar,
mirando los campos de colores
y escuchando las alondras
muy altas en el aire vibrar.

Las campanas llamaban a la gente
en los valles más allá:
«Venid todos a la iglesia,
buenos cristianos, a rezar.»
Pero aquí mi amor se quedará.

Y yo le decía en voz baja,
entre el tomillo en flor:
“Que repiquen en nuestra boda,
y su toque oigamos, mi amor,
y entremos en la iglesia los dos.»

POEMA
XXI

Pero cuando el invierno era más frío
sobre la cima de Trevejo,
mi amor se levantó muy temprano
y sin que yo lo supiera, salió
y fue a la iglesia en secreto.

Sólo una campana doblaba,
no había novio que ver;
tras ella iban los dolientes,
y así a la iglesia ella fue,
sin esperarme, sin volver.

Las campanas suenan en Trevejo,
y aún la torre murmura:
«Venid todos a la iglesia.»
Ay campanas, en silencio ya
os oigo, y voy a estar.

L A calle suena al paso de soldados,
y salimos todos a mirar:
un solo guerrero se vuelve hacia nosotros,
y me mira al pasar.

POEMA
XXII

Amigo mío, del cielo al cielo es tan lejos,
y nunca antes nos cruzamos;
tan separados están los confines del mundo,
que difícil será que nos veamos.

Qué pensamientos nosotros llevamos,
no hay tiempo de decirlos;
pero vivos o muertos, sobrios o borrachos,
soldado, te deseo lo mejor.

POEMA
XXIII

LOS mozos por cientos a Badajoz van a la feria,
de la fragua, del campo, del molino y del redil;
los hay para las chicas, los hay para la taberna y la
espera,
y entre todos están los que no han de cumplir.

Hay hombres de la villa, del arado, del carro y la tierra,
y muchos valientes de firme mirar y valor;
y muchos de rostro hermoso, de alma sincera,
y pocos que sepan su suerte o su dolor.

¡Quién pudiera conocerlos, tener señal verdadera,
de los que ahora se pierden sin volver jamás!
Hablarles como amigos, desearles buena carrera,
y verlos partir por caminos que nunca vuelven atrás.

Mas puedes mirar cuanto quieras: no hay forma de ver;
y rozando tu hombro, sin que lo puedas saber,
vuelven a la vida la moneda del ser,
los mozos que mueren en gloria sin envejecer.

Dl, muchacho, ¿tienes algo que hacer?
rápido, que el día está en su flor;
si es trabajo para dos, puede ser,
aquí estoy yo: préstame hoy valor.

POEMA
XXIV

Mándame ahora, que yo iré;
llámame, y te oiré llamar;
úsame antes de caer
donde el hombre ya no puede estar.

Antes de que la carne pierda su ardor,
y el nervio dispuesto quede sin sentir,
y los labios no hallen voz ni valor
para decirte: “muchacho, no puedo venir”.

POEMA
XXV

EN esta misma día del año pasado,
cuando Juan y yo nos solíamos ver,
no había día que no riéramos airado,
hasta que al fin me tocó caer.

Y luego por los campos del verano,
hasta que llegaron la lluvia,
Ines Ramos en su paseo temprano
con el mejor hombre iba y volvía.

Con el mejor sigue caminando ahora,
aunque ya no es Juan quien va;
que un hombre que vive y respere
vale más que doce bajo la tierra.

Juan guarda la casa con todo rigor,
y la tierra es la casa que él guarda;
cuando Ines y yo salimos con amor,
Juan yace quieto y nada le falta.

POR los campos, hace un año,
mi amor y yo al pasar,
el álamo sobre piedras y vallado
hablaba sin cesar:

«¿Quiénes son los que besan y se van?
un mozo del campo y su querer;
dos amantes que se quieren casar,
y el tiempo los hará caer.
Ella dormirá bajo la tierra fría,
y él junto a otro amor un día.»

Y en verdad bajo el árbol voy ahora
con otro amor junto de mí,
y arriba el álamo se dobla y llora
con hojas en su rumor gris.
Yo ya no entiendo lo que dicen al sonar,
mas quizá le hablen a ella;
quizá le cuenten del tiempo que ha de llegar
cuando mi sueño cubra la hierba.
Yo dormiré bajo trébol y prado,
y ella junto a otro muchacho amado.

POEMA
XXVI

POEMA
XXVII

ARA mi yunta todavía,
la que yo solía guiar,
y suenan aún los arreos
como cuando iba a arar?»

Sí, los caballos pisan fuerte,
aún resuena el correaje;
nada cambió porque descanses
bajo la tierra que labraste.

«¿Juegan al fútbol en la ribera
los mozos al anochecer,
persiguiendo el balón ligero,
ahora que no puedo correr?»

Sí, vuela el balón por el campo,
juegan los mozos con ardor;
sigue en pie la portería,
y firme guarda el guardador.

«¿Está contenta mi muchacha,
la que tanto me dolió dejar,
y dejó ya de llorarme
cuando se acuesta al descansar?»

Sí, se recuesta tranquila,
no se recuesta a sollozar;
tu muchacha vive contenta.
Duerme ya, deja de pensar.

POEMA
XXVII

«¿Y mi amigo sigue alegre,
ahora que enflaquezco yo,
halló acaso lecho más blando
que el que la tierra me dejó?»

Sí, muchacho, descanso tranquilo,
como cualquier hombre querría;
consuelo a la novia de un muerto
no preguntes de quién sería.

POEMA
XXVIII

LA RAYA PORTUGUESA

ALTAS brillan las veletas de Badajoz
sobre el Guadiana aisladas;
los puentes cruzan desde las torres
y las aguas están calmadas.

La aurora entra triunfante
por la Puerta de Palmas;
la tarde vencida sangra
rumbo a Portugal y el alma.

Hace siglos los vencidos
sangraron junto al lecho nupcial;
y los cuervos daban vueltas
sobre la guerra y su portal.

Cuando el Guadiana bajaba a Medellín
teñido de sangre humana,
el extremeño engendró en la esclava
al hijo de la raya lejana.

Hace siglos calló el combate
que comenzó la antigua ofensa;
hace siglos murió el llanto
que lloró la pena inmensa.

Pero en mi pecho no descansa
la guerra que duerme junto al río;
aún combaten oriente y occidente
en esta frontera mía.

POEMA
XXVIII

Aquí los ejércitos eternos
pisan entre sangre y sudor;
matan y matan sin descanso,
y pienso que ambos soy yo.

Nadie podrá jamás romper
el nudo que nos hizo un solo ser;
enfermos de odio y de pena,
ahogándonos sin perecer.

¿Cuándo estaré bajo la tierra
libre del mal de mi padre?
¿Cuánto falta para que entierro
duerman la maldición de mi madre?

POEMA
XXIX

EL NARCISO DE PASCUA

ES primavera; sal a vagar,
por los montes de la sierra;
bajo las zarzas, sobre el hollar,
florece la jara en la tierra,
la jara que nunca se cierra.

Y está la anémona fría,
jugando con todo el vendaval;
y está el narciso de Pascua
que pronto se ha de marchitar,
y muere al llegar su final.

Y mientras las mozas van al campo,
y aún la jara puede durar,
y la anémona juega en el aire
con cada viento sin parar,
el narciso no sabe esperar.

Traed las cestas ya al valle,
salid con la luz de abril;
llevad de los montes la sierra
el narciso de olor sutil,
que muere cuando llega abril.

OTROS, no soy el primero,
quisieron más mal del que osaron;
si en la noche sin aliento entero
también tiemblo, no es extraño.

Más que yo, si hay verdad cierta,
han sudado frío y ardor;
y por sus venas de hielo y fuego
luchaban miedo y amor.

Fiebre tuvieron como yo la tengo,
y como ellos venceré al final;
hasta la cama de polvo que es el lecho
donde no hay frío ni calor, y nada mal.

Pero desde mi tumba ya no cruza
viento que alivie mi pasión;
fuego y hielo dentro de mí luchan
bajo una noche sin redención.

POEMA
XXX

POEMA
XXXI

EN MONFRAGÜE

EN Monfragüe el bosque se levanta,
Peña Falcón sacude su ramaje;
el vendaval los brotes quebranta,
y sobre el Tajo cae la hoja salvaje.

Así rugía por sierras y encinas
cuando Emérita estaba en su esplendor;
es el viejo viento con sus viejas maneras,
aunque entonces hería otro verdor.

Entonces, mucho antes de mi tiempo,
el romano miraba aquella sierra;
la sangre que hoy calienta al campesino
y el dolor ya vivían en la tierra.

Allí, como el viento entre montes violentos,
soplaba por él la tormenta vital;
nunca halló reposo el árbol del hombre:
entonces fue el romano, ahora soy igual.

El viento dobla otra vez los retoños,
sopla tan fuerte que pronto pasará;
hoy el romano y todos sus dolores
son ceniza bajo Emérita ya.

DE lejos, del alba y la tarde,
del cielo de doce confines,
vino el soplo que formó mi carne
hasta estos campos humildes.

Ahora, por un breve aliento,
aún no me desharé del todo;
toma mi mano mientras puedo
y dime qué oculta tu fondo.

Habla ahora, y yo respondo;
dime en qué puedo ayudar,
antes que a los doce vientos
vuelva para no tornar.

POEMA
XXXII

POEMA
XXXIII

S I la verdad de un pecho humano
pudiera al cielo conmover,
el gran amor que yo te guardo
no te dejaría caer.

Sí, sí: si el firme pensamiento,
si un solo amor pudiera salvar,
aunque mañana el mundo muera,
tú no bajarías al umbral.

Este querer tan fiel y hondo,
este deseo de darte paz.
¡Ay, vivirías para siempre
si en ello hubiera fuerza más!

Pero ahora, pues todo es vano,
ten piedad de mi dolor,
antes que emprendas el camino
hacia una tierra sin amor.

EL NUEVO QUERER

POEMA
XXXIV

« **A** Y, cansada estoy de verte, ¿no me dejarás en paz?
Puede que sirvas a otros, pero a mí no me harás más.
Ve adonde seas querido, pues aquí no has de volver.»
Y ésa fue toda la despedida de mi querer.

Iré donde soy querido, bajo un buen mando real,
que me viste sin cobrarme de azul imperial;
no se cansará de verme si mantengo limpio el sayo:
iré donde soy querido, soldado del rey hispano.

Iré donde soy querido, pues al sargento le da igual;
podrá cansarse de verme, mas me trata siempre leal.
Me da cerveza y desayuno, y galas para el tambor,
y nunca vi que una amante gastase tanto en amor.

Iré donde soy querido, donde hacen falta aún más,
y pocos son los hombres para tanto batallar;
donde las filas se adelgazan y caen muertos por millar,
y al verme los enemigos retroceden al temblar.

POEMA
XXXV

EN la loma ociosa del verano,
dormida al son del arroyo al pasar,
escucho a lo lejos el tambor lejano
batiendo en el aire como sueño de ultramar.

Lejos y cerca, más bajo y más fuerte,
por los caminos del mundo se van;
queridos de alguien, ya pasto de muerte,
soldados marchando que no volverán.

Este y oeste, por campos perdidos,
blanquean los huesos de aquellos que fueron;
muchachos hermosos, podridos y hundidos:
ninguno regresa de cuantos partieron.

Lejos las cornetas llaman a formar,
y el pífano agudo responde al pasar;
alegres avanzan las filas de guerra:
mujer me dio vida, y he de marchar.

BLANCO bajo la luna va el camino,
la luna inmóvil vela en lo alto;
blanco bajo la luna va el camino
que de mi amor me lleva paso a paso.

POEMA
XXXVI

Quieto el seto, sin soplo ni ruido,
quietas las sombras al pasar;
mis pies sobre el polvo plateado
siguen la senda sin final.

Redondo es el mundo, dicen hombres,
aunque recto parezca el andar;
sigue y sigue, que el mismo camino
un día te habrá de regresar.

Mas antes que el círculo se cierre
muy lejos tendrá que caminar:
blanco bajo la luna va el camino
que de mi amor me lleva a vagar.

POEMA
XXXVII

MIENTRAS por montes de Montánchez
corría el trenhacia el cielo,
y atrás quedaba, desvaído,
Los Castaños durmiendo
hundiendo al poniente su alta frente,
vacía descansaba mi mano tristemente.
Dolorida sobre mi rodilla estaba:
aquella mañana, no lejos de allí,
tantos hombres honrados la estrecharon
que casi arrancan la muñeca de mí.
Mano, me dije, ya que dejamos
campos y hombres del corazón,
tú conociste allí manos fieles,
y rostros extraños nos guardan.
Mantente limpia; púdrete primero
antes de obrar con traición o maldad;
tú y yo debemos guardar en Madrid
limpio el nombre de Extremadura y lealtad.
Que junto al río Manzanares nunca digan
que el Guadiana da peores hombres;
y que los mozos lejanos recuerden
los amigos que quedaron entre los montes.
¡Ay, frío y tieso he de quedarme
el día que os llegue a olvidar!
La tierra donde no os recuerde
será la tierra del eterno callar.
Y si mi pie no vuelve nunca
al Tajo o al ribera del Guadiana,

fortuna quede con vosotros siempre
junto a la sierra y al agua temprana;
junto a la torre de lentas campanas
y al árbol que murmura al anochecer,
hombres que hicisteis de mí un hombre
y me enseñasteis cómo caer.

En vuestra labor de campo y villa
aún guardaréis mi cabeza del mal;
aún me ayudarán aquellas manos
cuyo apretón me seguirá hasta el final.

POEMA
XXXVII

POEMA
XXXVIII

LOS vientos vienen desde el oeste,
mis amigos los vieron pasar;
L tibio con sangre de mozos queridos
llega suspirando el aire del lugar.

Rozó sus sienes, llenó su aliento,
soltó sus rizos al viento fugaz;
mis amigos hicieron palabras con él,
voces que no volveré a escuchar jamás.

Sus voces, muriendo mientras vuelan,
por entre los vientos se van;
nombres de hombres pasan sin nombre,
los suyos y el mío se irán.

¡Ay muchachos! En casa os oía hablar,
mas aquí vuestra voz se perdió;
y por el viento que gime en vano
llamáis desde el monte y nadie oyó.

El viento y yo estuvimos juntos,
mas ninguno pudo quedar;
ahora por el mundo sin amigos
vamos suspirando al andar.

YA es tiempo, creo, por la sierra
de que florezca el escobón;
y el almendro en flor por los campos
cubra la tierra de algodón.

POEMA
XXXIX

La primavera nunca espera
al caminante que tardó;
otros recogen ya las flores
que marzo sobre el seto alzó.

¡Ay, dorad tarde en la montaña,
flores que nunca he de mirar!
Quedad, blancuras en los almendros,
que sobre mí no vais a nevar.

POEMA
XL

EN mi corazón un viento de muerte
desde tierras lejanas sopla:
¿qué sierras azules son aquéllas,
qué torres y campos en sombra?

Es la tierra de dichas perdidas,
la veo brillando en paz;
los felices caminos que recorrí
y que no he de volver jamás.

EN mi tierra, cuando triste
se me cansaba el vivir,
encontraba en lo sencillo
quien supiera compartir.

La tierra, porque dolía
el corazón que engendró,
lloraba conmigo el peso
del dolor que me tocó.
Y los montes silenciosos,
tan antiguos al mirar,
compartían con su amigo
la pena de no durar.
Hacia el mismo fin que espera
a cuantos pisan el sendero,
caminaba junto a mí
el hermoso año muriendo.
Ya en los montes pardos oía
la hayuca seca caer,
y el azafrán del otoño
junto al valle florecer;
o en los campos de primavera
blanqueaban flores de abril,
y en el bosque los jacintos
ardían de azul añil.

Allí las estaciones pasan
consolando el corazón;
mas aquí, por las calles de Madrid,

POEM
XLI

POEM
XLI

no hallo tal consolación.
Aquí solamente encuentro
hombres cansados de sufrir,
incapaces, aunque quieran,
del dolor ajeno oír.
Bastante cargan consigo:
lo descubro al contemplar
tantos ojos donde habita
la tristeza y el pesar.
Rotos ya por la miseria,
apenas saben vivir;
y mientras sigan andando
te mirarán para maldecir.

EL GUÍA ALEGRE

POEM
XLII

UNA vez en viento de mañana
recorrí el tomillar;
todo el aire era limpio y azul,
y los ríos iban en oro al brillar.

Y entre el rocío junto a mi paso
vi un joven avanzar,
con gorra de pluma en la frente
y vara de oro al andar.

Con gesto alegre como la aurora
y grato caminar,
con risa abierta y mirada clara
me vino a contemplar.

«¿De dónde vienes? ¿a dónde vas?»
le quise preguntar;
mas él sonrió sin dar respuesta
y me invitó a marchar.

Y sin palabras, con leve risa,
sin nunca vacilar,
seguimos ambos por el camino,
yo y mi guía al andar.

POEM
XLII

Cruzamos prados de luz temblante
sin nadie alrededor,
y altas colinas de pastores
bajo un cielo mejor.

Pasamos huertos y aldeas altas
mirando al valle en paz,
y viejos molinos girando al viento
y ciudades detrás.

Con paso firme, sin detenerse,
sin nunca descansar,
mi alegre guía iba delante
llevándome al pasar.

Por bosques llenos de luz dorada
que el sol hace brillar,
por nubes lentas que van flotando
sobre el ancho lugar,

por verdes granjas junto al río
de plata y claridad,
contento en alma yo le seguía
sin querer preguntar.

Y como sombras que el viento arrastra
sobre el ancho lugar,
seguimos juntos, siempre adelante,
sin nunca regresar.

POEM
XLII

Con gran viento que viene del huerto
donde empieza a cambiar,
trayendo pétalos de los campos
que empiezan a volar,

por hojas secas del largo otoño
que empiezan a girar,
seguimos ambos por el camino
sin nunca descansar.

Y entre los muertos que el viento lleva
sobre el mundo al pasar,
yo sigo al guía que va delante
sin nunca hablar jamás.

Con risa viva que nunca responde
ni deja de brillar,
y pies ligeros como si fueran
plumas para volar.

POEM
XLIII

EL ELEMENTO INMORTAL

CUANDO la aurora me da en la frente,
o en la noche me duermo al soñar,
oigo en mis huesos una voz dentro:
«otro día, otra noche vendrá».

«¿Cuándo este limo de los sentidos,
este polvo del pensar,
será por fin deshecho en la nada
y el hombre de hueso quedará?»

«Esta lengua que habla, estos pulmones,
estos músculos al obrar,
este cerebro que llena el cráneo
de sueños sin descansar.»

«Hoy dominan con altivo orgullo
su breve y frágil edad;
mas los huesos inmortales mandan
sobre carne que ha de acabar.»

«Largo es el paso de noche a noche,
lento el llegar del final;
tarde madura la nueva forma
que ha de durar como el mar.»

«Errantes de oriente a poniente,
decid: ¿por qué no parar?
porque cada hijo de madre lleva
su esqueleto al caminar.»

«Tendedos en polvo de la tierra;
dad el fruto natural;
sacad a la luz la semilla eterna,
pues noche y día son igual.»

«Descansad ya de toda fatiga,
no temáis sol ni temporal;
ni la nieve del duro invierno,
ni el peso de la maternidad.»

«Vaso vacío, vestido antiguo,
nosotros os haremos durar;
otro día, otra noche, dicen
los huesos dentro al hablar.»

Por eso harán hoy mi voluntad
mientras tenga fuerza aún;
carne y alma, aún soberbias,
arrastran su carga común.

POEMA
XLIII

Antes que el fuego del sentir muera,
y el humo del pensar se va,
y quede solo con la noche antigua
el hueso firme al final.

DISPARO? tan breve, tan limpio descanso,
bien hiciste, muchacho, fue breve el mal,
no era herida que pudiera curar,
mejor llevarla contigo al final.

POEMA
XLIV

Pensaste claro, viste el camino,
supiste bien dónde iba a dar;
joven y antes de tiempo prudente,
supiste el paso cerrar.

Mejor así que tarde y hundido
en la vergüenza y el pesar;
mataste al huésped de tu propia casa,
al alma que no debía nacer jamás.

Adivinaste el día que venía
y no quisiste el fango pisar;
polvo es la paga del triste destino,
mas hay destinos peores que acabar.

Almas que rompen otras almas,
vieja es la culpa del mal;
no quisiste vivir para herir a los tuyos:
caíste como debía caer un mortal.

POEMA
XLIV

A tu tumba vendrán amigo y extraño,
con pena o con mirar sin igual;
sin deshonra, sin culpa ni riesgo,
limpio pasaste al final.

Descansa ya, sin sueño ni vuelta;
recibe esta corona mortal:
no es regalo de gran valía,
mas no ha de perder su señal.

SI tu ojo te causa daño,
arráncalo, y sé mejor;
dolerá, mas hay remedios
que calman todo dolor.

POEMA
XLV

Y si tu mano o tu pie te estorban,
córtalos sin compasión;
pero sé hombre, ponte en pie y acaba
cuando tu alma es tu perdición.

POEMA
XLVI

NO traigáis a su sepultura
ciprés de sombra invernal,
ni del naranjo la hoja amarga
que el hielo no logra quebrar.

No cortéis la jara del monte
que la escarcha hace brillar,
ni vayáis por vegas heladas
buscando palmita al azar.
Las ramas que busques; no elegir
las que vuelvan en abril a revivir.

Mas si diciembre en los rastrojos
dejó espigas al segar,
o amapolas consumidas
que no volverán jamás;
Traed cuanto murió en la tierra
y no ha de florecer más,
para que duerma entre sus iguales
en su silenciosa paz.
para darle consuelo: él y ellas
dormirán juntos sin rumor,
allí tendido sobre el lecho
del que no ha de alzarse el dolor.

HIJO DEL CARPENTERO

POEMA
XLVII

«**A**QUÍ el verdugo el carro para;
aquí se acaba la amistad.
Vivid vosotros con dicha;
yo voy a mi desdicha.»

«¡Ay, si en casa me hubiera quedado,
al oficio de mi padre entregado;
con la garlopa, el hacha y el mazo,
no acabaría hoy bajo este lazo!»

«Quizá habría alzado horcas
para colgar a otras bocas;
y no estaría yo colgado
por no seguir camino errado.»

«Ahora me cuelgan del palo
por haber seguido lo malo;
la gente que pasa me mira
y el puño me alza con ira.»

«Aquí colgamos tres mozalbos:
dos por ladrones y asaltos;
mas igual paga el pecado
del que por amor fue ahorcado.»

POEMA
XLVII

«Amigos míos, los que miráis,
dejad las sendas donde erráis;
ved esta cuerda en mi pescuezo
y librad el vuestro del mismo peso.»

«Buscad un fin más limpio un día,
vosotros, que encontráis la vía;
quedad con vida, compañeros,
yo voy solo por mis senderos.»

«Buscad un fin menos amargo,
vosotros, que aún vais de largo;
vivid vosotros con dicha,
que yo voy a mi desdicha.»

CALLA, alma mía, calla; frágiles son tus armas,
mas firme sigue el cielo sobre el viejo solar;
recuerda, si este duelo por un instante te alarma,
los largos días de reposo antes de despertar.

POEMA
XLVIII

Los hombres amaban el daño, mas yo dormía en la
hondura,
sin ver caer las lágrimas ni oír gemido cruel;
sudor y sangre corrían sobre la piedra oscura,
y nunca hubo tristeza antes del alba de mi ser.

Y ahora busco en vano razones que me respondan,
mientras respiro el aire y siento el peso del sol;
calla, alma mía, calla; la pena sólo ronda,
suframos una hora más y contemplemos el error.

Mira: desde el primer cimiento padecen cielo y tierra;
todo pensamiento hiere, toda esperanza se va;
horror y odio y miedo dentro del pecho hacen guerra:
¿por qué desperté del sueño?, ¿cuándo he de reposar?

POEMA
XLIX

NO pienses más, muchacho; canta,
¿por qué tan joven hay que morir?
Cabezas huecas y lenguas vanas
vuelven livianas sendas lejanas,
y el necio ríe mientras aguanta
el peso del cielo sin sentir.

Son la risa, el vino y el baile,
lo que al mundo hace girar;
si el pecho joven no fuera sabio,
si no supiera aún lo agrio,
joven sería por siempre el aire;
no pienses más: pensar es llorar.

MONTIJO y Lobón,
los campos de Fregenal,
son los lugares más quietos
bajo el sol.

POEMA
L

En vegas del Guadiana claro
y del Zújar al Matachel,
la vida discurre despacio
bajo un cielo siempre fiel.

También tuvimos la tristeza
que nunca deja de estar,
y en Olivenza los muchachos
aprendieron a penar.

Por los puentes del Manzanares
en Madrid, ciudad sin paz,
no es extraño que la pena
vuelva siempre a regresar.

Y al hacerse uno más viejo
más peso llega al andar,
lo lleva sobre los hombros
que lo aprendieron a cargar.

POEMA

L

¿Dónde dejar este cansancio
que ya no puedo llevar?
ni el Guadiana ni el Manzanares
me lo pueden aliviar.

Más lejos que Montijo queda,
más quieto que Fregenal,
donde el Juicio final truene
y a uno le dé igual.

VAGABA con mirada distraída,
por la galería fría y extendida;
pensaba en mi dolor sin luz ni guía,
cuando hallé una estatua que no se movía.
De mármol era su forma severa,
firme en su puesto, silenciosa y austera;
pensé: «también viene de otra era,
como yo, perdido en tierra extranjera».
Ni tú ni yo supimos en la juventud
a estos madrileños que hoy son multitud.

Seguía mirándome con grave atención,
como quien guarda antigua compasión;
«¿Por qué te abates en tu situación?
también yo querría otra condición».
«Yo contemplo la larga hilera humana,
donde cada mente es ajena y lejana;
años antes de que tu vida se desgrana,
mi cuello sufrió la misma campana».
“Y cuando tú libres tu pena mortal,
yo seguiré firme en mi pedestal;
ten valor, muchacho, no es final,
sé fuerte como roca natural”.
Así creí leer en su semblante,
y cayó mi carga, leve y distante;
Y yo dormí con paz dentro del alma,
como hombre de piedra, sereno, en calma.

POEMA
LI

POEMA
LII

LEJOS, en tierras del poniente,
que me vieron nacer un día,
tiemblan los álamos al viento
junto al agua que aún se enfría.

Allí, en la noche sin viento,
el caminante al pasar
se detiene en el puente antiguo
para oírlos suspirar.

Y escucha: hace mucho he perdido
los campos donde viví,
y aquí descanso en Madrid solo,
sin más caminos por seguir.

Y junto a cercas de estrellas,
el viajero al detenerse oye
mi alma que queda suspensa
sobre el agua que se esconde.

EL joven llegó a la puerta,
cuando el amor se iba a jurar;
silbó muy suave en la noche
bajo las ramas del lugar.

POEMA
LIII

«No te cansaré con mi rostro,
no volveré a molestarte;
tómame un instante en brazos
antes de que empiece el alba.»

«Cuando de aquí ya me haya ido
no hallarás más compañía;
serás la primera y última
con quien yo dormí algún día.»

Ella lo oyó y sin saberlo
su corazón fue hacia él;
la noche arriba era clara,
pero abajo todo era hiel.

«¿Respiras, amor? tu pecho
no sube ni baja ya;
aquí, sobre el mío estrechado,
no late vida ni más.»

POEMA
LIII

«Sí latía fuerte, mi niña,
tú lo habrías sentido ayer;
pero desde que el tiempo he detenido
ya no vuelve a suceder.»

«¿Qué es esto que cae en mi boca
y moja mi cuello así?
¿qué es lo que sabe a tristeza
que desciende sobre mí?»

«Tal vez sea sangre, querida,
pues cuando el filo ha cortado
de oreja a oreja la garganta,
ya nada queda guardado.»

Bajo las estrellas era claro,
pero oscuro bajo el laurel;
la noche quedó sin palabras,
cuando el amor se fue con él.

C ON pena llevo el corazón cansado
por los amigos de la juventud;
por tantas mozas de labios rosados,
y muchachos ligeros de luz.

Junto a arroyos que nadie atraviesa
yacen los chicos de vivo andar;
muchachas con labios de rosa marchita
duermen donde las rosas empiezan a mustiar.

POEMA
LIV

POEMA
LV

HACIA el oeste, en altas llanuras,
donde para mí empezó el mundo,
siento que en venas nuevas
late igual el pulso profundo.

Ahora que otros muchachos que yo
se lanzan al baño en la orilla,
sin más ayuda ni más destino
repiten la misma fatiga.

Allí, cuando el oeste se apaga
y la noche ensancha su ley,
donde el joven se tiende a dormir,
el sueño se tiende con él.

Allí, sobre viejos pensamientos,
mira el día desde el oriente,
y el joven, al sol de la mañana,
promete lo que no cumple siempre.

EL DIA DE LA BATALLA

POEMA
LVI

LEJOS oigo el toque del cuerno,
que me llama donde no quiero ir;
y los cañones ya comienzan
la canción de morir o huir.

Compañero, si al volver la espalda
el soldado nunca fuera a caer,
yo huiría sin más demora,
pues nadie quiere morir ayer.

Pero el que huye gana otro día,
para llegar después al final;
y al cobarde no le lloran tanto
cuando le llega su funeral.

Así que, aunque el bien sea duro,
quédate firme, muchacho leal;
mira a los tuyos caer a tu lado,
y recibe la bala en el cráneo final.

POEMA
LVII

HOY sonríes a tu amigo,
hoy su pena se ha ido ya;
escuchas al enamorado,
y feliz lo verás estar.

Ya es tarde para la risa,
tarde para el bien lograr;
pero mejor tarde que nunca:
viviré un poco y sin más durar.

CUANDO volví por Badajoz,
bajo la luna pálida,
dos amigos iban conmigo,
dos leales de buena vida.

Manolo yace ya en la tierra,
Juan en prisión sin libertad;
y yo regreso a Badajoz,
bajo la misma pálida.

POEMA
LVIII

POEMA
LIX

LA ISLA DE MENORCA

SERENA duerme la noche
de Italia hasta España azul;
sobre la luz de Punta Nati
se alza la piedra del sur.

En esa isla yace un joven,
sin libertad ni despertar;
lejos del pueblo que le quiso,
dormido frente al ancho mar.

Descansa en paz, sueña ligero,
y duerme hondo hasta el alba;
quizá la noche te sea más leve
que el duro peso de la mañana.

YA el fuego cae en ceniza,
y la luz empieza a morir;
yergue los hombros, carga el petate,
deja a los tuyos y echa a partir.

No temas nada, muchacho,
no vuelvas nunca la faz;
por todo el camino que sigues
sólo hay noche, y nada más.

POEMA
LX

POEMA
LXI

LAS TORRES DE MONTANCHÉZ

LAS torres de Montánchez
reluce sobre el alcor;
allí reposan los hombres,
y descansan los míos hoy.
Alta sobre las sepulturas
reparte sombra y sol;
y el reloj va dando horas
que ya no escucha voz.

Al sur se juntan las lápidas
bajo la ladera en flor;
son más los muertos en Montánchez
que vivos alrededor.
Al norte, la tierra fría
abre tumbas junto al muro;
y duermen bajo la sombra
los que buscaron lo oscuro.

Al norte y sur divididos,
con el castillo detrás,
yacen los nobles y sencillos,
los muchachos que amé más.
Y al norte o sur, nada importa,
pues amigos hallarás;
jamás dormiré yo solo
donde ellos descansan ya.

« **T**ERENCIO, esto es desatino:
comes bien y bebes vino;
no debes de estar tan mal
viendo el trago del final.
Pero, Dios, esos poemas
revuelven las tripas y las venas.
La vieja vaca murió ya,
y duerme el cuerno en paz allá;
ahora nos toca a nosotros
oír canciones de esos modos.
Linda amistad la de rimar
a tus amigos hasta enterrar,
siempre sombrío y apenado:
venga, toca algoailable, muchacho.»

Pues si lo tuyo es el bailar,
hay flautas mejores que el versar.
¿Por qué en tantos malos días
busca el hombre cervecerías?
Más de un noble español
vierte alegría en el alcohol;
y el vino logra mejor papel
que Cervantes o que Mistral.
La cerveza, amigo, es mejor
para quien piensa con dolor:
mira el fondo del jarro fiel
y verás el mundo como no es él.
Y es grato mientras dura el son;

POEMA
LXII

POEMA
LXII

la pena es que acaba, en conclusión.
Yo fui a la Feria de San Juan,
y mi pañuelo se perdió en el afán.
y de regreso hacia Badajoz
llevaba vino, polvo y voz;
entonces el mundo no era tan cruel,
y yo me creía hombre fiel
y en barro feliz dormí después
hasta que el alba volvió otra vez.
Luego miré la mañana gris:
ay, todo era engaño y barniz;
el mundo seguía siendo igual,
yo seguía siendo mortal,
y nada quedaba, al despertar,
sino otra vez volver a empezar.

Por eso, pues el mundo da
algún bien, pero más maldad,
y mientras duren sol y luna
dicha es azar, dolor fortuna,
prefiero obrar como hombre sabio
y aprender del mal, no del halago.
Lo que te ofrezco no es cantar,
no es vino dulce para alegrar,
sino un tallo que herí de raíz,
en tierra dura, triste y gris.
Mas tómalo: si sabe a hiel,
mejor conviene a tu papel;

hará quizá bien al corazón
cuando estés en mi misma condición.
Y yo seré, si puedo ser,
amigo en horas de padecer;
en día oscuro y sin favor,
contigo estaré, fiel en dolor.

POEMA
LXII

Hubo un rey que en Oriente reinó,
y en sus banquetes siempre bebió;
comía pronto, sin pensar,
con veneno en comida y en manjar.
Probó despacio, de lo peor,
hasta agotar su mortal sabor.
Y así, sereno, fuerte y sin mal,
bebía en la copa como normal.
Le dieron arsénico en el comer,
y lo miraban sin comprender;
pusieron estricnina en su beber,
y el rey tranquilo la supo ver.
Ellos temblaban, blancos de horror,
viendo que nada le hacía temor.
mas era a ellos a quien tocó
el mismo veneno que él dominó.
Cuento la historia que oí contar:
Mitrídates llegó a viejo ya.

POEMA
LXIII

CAVÉ, planté y quité hierbajos,
llevé mis flores al lugar;
las traje a casa sin aprecio:
su color no era el de llevar.

Voy sembrándolas al paso
para mozos como yo,
cuando duerma bajo ellas,
muerto y fuera del recuerdo.

Unas semillas comen aves,
otras las pierde el temporal;
mas aquí y allá florecen
estrellas solas del erial.

Y cada año brotarán
cuando abril vuelva a pasar,
y mozos tristes las lleven
cuando yo no puedo volver.